

De Vacas y Políticos

El Problema de Fondo

POR LORENZO MEYER

SOSPECHO que la celebración de los priistas el día 13 en el Zócalo de la capital se debió a un secreto que sólo ellos conocen y que no han querido compartir con el resto de los mexicanos, pues de lo contrario no se puede explicar su júbilo, ya que tamaño manifestación de triunfalismo al cumplirse el cuarto año de la crisis no es lógica, a menos que en México exista el masoquismo colectivo.

Bueno, a otra cosa, aunque relacionada con lo anterior. Hace a algún tiempo Héctor Aguilar Camín publicó un artículo donde sostenía que si en algún momento se trabaja intensa y creativamente en una obra de valía —a la que él llamó "la vaquita"—, luego se puede caer en la tentación de explotarla en exceso —la ordeña—. Aguilar puso su propio caso como ejemplo: su tesis doctoral, a la cual convirtió en libro (*La Frontera Nómada*), del que salieron muchos —y buenos— artículos y conferencias. Afortunadamente Héctor no se contentó con vivir de la explotación de una sola "vaca", y ha seguido bajando para tener más.

LA tentación de sobreexplotar un éxito inicial no es algo que se limite a las personas, lo mismo puede sucederle a las instituciones e, incluso, a los sistemas políticos. Los sacrificios que implicó la Revolución Mexicana fueron enormes, por eso también fue enorme la fuerza que le dio al sistema político que surgió de ella. El sistema político mexicano actual cuenta con la historia más larga de estabilidad en América Latina, y tiene en su centro a una de las presidencias más fuertes, relativamente hablando, del mundo contemporáneo.

Los gobiernos de la pos-revolución mexicana tuvieron en la Revolución y en las instituciones que de ella derivaron —la presidencia, las organizaciones de masas, el partido dominante, etcétera—, la "vaquita" de la que alguna vez habló Aguilar Camín, y cayeron en la tentación de la ordeña excesiva. En efecto, con el paso del tiempo, la lucha de los líderes revolucionarios y sus seguidores se convirtió en un gran capital político que en la época posrevolucionaria se explotó de manera un tanto irresponsable. A partir de 1940 a la "vaca revolucionaria" se le dio relativamente poca pasura pero se le ordeñó con regularidad. Ahora bien, si es verdad que desde el fin del cardenismo hubo un cierto desequilibrio entre lo que

los dirigentes le dieron a la legitimidad del sistema político y lo que sacaron de él, a partir de la crisis económica que estalló en 1982 la situación se ha convertido en un verdadero escándalo: se le exige todo y se le da nada.

El gobierno actual se ha visto obligado a usar las reservas políticas del sistema sin poder reintegrar algo a cambio. Ahora se

ordeña a una vaca ya de por sí flaca y sin darle alimento.

★

NUESTRO sistema, que surgió y se desarrolló por más de medio siglo dentro de un marco populista —y el que diga lo contrario miente o no sabe de lo que habla—, hoy se ve obligado a funcionar en circunstancias totalmente ajenas a su naturaleza original: en medio de una inflación que no tiene precedentes en México desde el segundo decenio del siglo, con los subsidios al consumo popular reducidos al mínimo —la famosa austeridad—, con tarifas "realistas" en los productos y servicios que da el Estado y con una clase política particularmente alejada, en su vida cotidiana, del lenguaje, actitudes y visión del mundo del mexicano común y corriente.

★

L sistema político es el que ha estado aguantando y pagando todo el costo de la crisis del sistema económico. Desde fines de 1982 el salario mínimo ha ido perdiendo su poder real de compra —alrededor del 50%— y todo indica que la tendencia no se va a revertir en los dos años que aún le quedan al sexenio, incluso si hay crecimiento. La alianza entre la clase política y el movimiento obrero organizado —base fundamental del sistema actual— está siendo sometida a una prueba extraordinaria. Las estrategias de sobrevivencia de la enorme masa de marginados son realmente

sorprendentes, pero la "economía informal" en la que están insertos tiene límites, y sospecho que ya se están agotando; hay un número máximo de vendedores ambulantes por esquina después del cual los rendimientos tienen que ser decrecientes. La clase media está harta de inflación, impuestos, corrupción, ineficiencias y demagogia. La burguesía empresarial tiene poca confianza en su contraparte: la burguesía estatal, y está tratando de pintar su raya. En fin, para qué seguir con la lista de

problemas, está claro que la crisis económica ha empezado a convertirse en política, pese a que el triunfalismo priista se empeña en decir que no.

La depresión económica a la que llevaron los errores garrafales de la política económica del pasado inmediato ha impedido que exista un apoyo objetivo del sistema económico al político. En realidad ocurre lo contrario, los tecnócrata-

tas encargados de la llamada "reconversión industrial" está dependiendo casi por entero del tiempo que les puedan dar aquellos que son los responsables del mantenimiento del orden y la disciplina sociales: la Secretaría de Gobernación, la de la Defensa, los gobernadores, los líderes de sindicatos y de organizaciones campesinas, el aparato priista, etcétera. Por otra parte, todo este vasto entramado político que hoy por

hoy juega el papel del dique que está tratando de impedir que la crisis económica se desborde sobre las planicies de la política, no ha sido capaz de auto-transformarse para fortalecerse y poder absorber mejor el choque. Así, los partidos políticos —con la excepción parcial del P.A.N.— siguen sin ser verdaderos partidos, y las elecciones siguen sin ser verdaderas elecciones. Así, pues, los canales para de-

jar escapar de manera constructiva la presión que se ha acumulado a partir de 1982, son muy pocos.

En conclusión, la crisis económica y la incapacidad del liderazgo gubernamental amenazan con matar de inanición a la "vaquita" que el régimen recibió en herencia: la legitimidad que le legó la Revolución Mexicana. Mucho me temo que el sexenio que siga al que hoy está en su etapa terminal se va a encontrar al animalito muerto, o casi. Para el 1° de diciembre de 1988 no sólo se habrán consumido ya los préstamos externos que se negociaron en este otoño, sino que también se habrá gastado lo que aún queda de capital político acumulado en el pasado distante. Así, pues, la verdadera prueba para la estabilidad política mexicana aún no empieza, está por venir, ojalá que podamos salir adelante bien librados. Mucho, muchísimo va a depender de la calidad del liderazgo que la suerte nos depare.